

DIÁLOGO SOBRE EL ESPACIO Y LA OBJETIVIDAD

Alejandro Ramírez
Universidad de Chile

R Se busca precisar el concepto de objetividad del conocimiento. Esta idea, quizás la nota más relevante de la ciencia¹ pareciera, a primera vista, una idea completa en sí misma, lista para ser usada, determinada y “toda redonda”, como quería Parménides para el concepto de verdad. Lejos de ello, como parece ocurrir, por lo demás, con la mayoría de las ideas, ésta resulta tener un considerable espesor semántico y epistemológico; tanto, que significa ya demasiado. Trataremos de establecer, mediante el diálogo que sigue, de qué conceptos es tributaria la idea de conocimiento objetivo.

- A: La objetividad del conocimiento... ¿que en qué consiste, dices?
- B: Eso pregunto. Hace mucho que me pregunto lo mismo, una y otra vez, pero la respuesta se me escapa siempre.
- A: ¿Y quieres aclararlo hablando conmigo?
- B: Bueno, tú siempre has tenido ideas claras, posturas categóricas, todo lo contrario de mí, tú sabes...
- A: Lo sé. De acuerdo, hablemos sobre el tema, tengo tiempo. La idea de objetividad, en todo caso, me parece muy clara. No sé cuál sea tu inquietud.
- B: Considero que la filosofía consiste en pensar sistemáticamente, hasta donde se pueda, para aclarar un concepto confuso y que, en ese afán, lo relacionamos con otros que no lo sean, al menos al principio. No veo otra manera de proceder.
- A: No podría decirte que no. Pero, ¿a qué viene eso?
- B: Creo que para dilucidar el concepto de objetividad hay que asociarlo con otro.
- A: ¿Y tú crees que no es claro lo que significa objetividad como para tener que dilucidarlo?
- B: No es muy claro.
- A: Yo diría que sí lo es.
- B: Sin duda que para un popperiano, como tú, lo es.

¹ Esto se evidencia de muchos modos. Sólo dos ejemplos: he allí a Bachelard, que identifica sin más ciencia y objetividad. (*La formación del espíritu científico*). También Monod: “No podemos olvidarnos del concepto de objetividad sin quebrar a la ciencia misma” (“El azar y la necesidad”).

- A: A mí no me extraña que vivas siempre entre nebulosas. Es el precio de tu escepticismo y eclecticismo. Pero bueno, en vez de seguir con esto, discutamos el asunto.
- B: Mucho mejor.
- A: Lo que yo pienso es que el concepto de objetividad queda suficientemente definido mediante el criterio de contrastación.
- B: Eso es verdad, pero no suficiente. Mi idea es que nuestro concepto es, al fin y al cabo, tributario de otra idea: la idea de espacio. Según la idea de espacio que se sustente será el concepto de objetividad que se defienda.
- A: ¿Cómo puede ser eso? Ninguno de los que ha hablado sobre el tema ha dicho algo semejante. Por lo demás, es la ciencia la que estudia el espacio. ¿Cómo éste podría determinar a aquella?
- B: No deja de ser interesante ese círculo, pero creo que, al fin y al cabo, no es relevante...; me parece más interesante la relación que estoy tratando de establecer que ceñirse, de entrada, a una mordaza lógica...
- A: Habrá que verlo, entonces. En realidad, creo que la objetividad del conocimiento, insisto, ya está asegurada completamente por la contrastación, incluso, cualquiera que sea ésta.
- B: Podría ser...Yo estoy de acuerdo, pero no en el “completamente”.
- A: ¿De qué otra manera entener hoy dicho concepto? Todo lo demás me parece palabrería. ¿Quieres hacer, acaso, una “metafísica” de la objetividad?
- B: Si así quieres nombrarlo, sí.
- A: La cuestión es clara: conocimiento objetivo es aquel que, de una forma u otra, puede indicar cuál es la manera de chequearlo. No importa, dice Nagel², cuanto haya de invención libre en el establecimiento de una hipótesis; para decir que conocemos algo, la ciencia debe contrastar exitosamente esas hipótesis.
- B: ¿Te refieres a la verificación?
- A: ¿No me escuchas? A todo tipo de contrastación.
- B: Te pregunto, disculpa, porque la “verificación” de los neopositivistas no resultó al final ser algo muy confiable.
- A: Sí, estoy de acuerdo. El error de los verificacionistas fue pensar que el chequeo empírico de una hipótesis “probaba” su verdad. Sabemos que esto no es así de fácil. El conocimiento no es conocimiento “probado”. Tenemos, en primer lugar, la complejidad que significa verificar enunciados universales, que siempre ha de ser indirecta. Como dice Kraft³, tal criterio no resulta muy claro también por otras razones. La verificación se basa en una falacia, por el elemento inductivo que

² Cf. C. Hempel, *Filosofía de la ciencia natural*, Alianza, Madrid, 1979, p. 34.

³ Cf. V. Kraft, *El círculo de Viena*, Ed. Taurus, Madrid, 1977.

esconde, como se sabe hace mucho. Por otra parte, el criterio verificacionista tropieza con el hecho de que dos proposiciones que tengan, cada una, su significado, al ser conjugadas se convierten en contradictorias.

B: Sí, así es. Ese criterio fue criticado por Popper en su “Lógica de la investigación científica”; también por Carnap; en fin, tal criterio nos condena a casos como el de que una proposición: P -P, que es inverificable, al ser negada -(P -P), se convierta en verificable, esto es, con sentido. Todos sabemos que se adoptó, luego, un criterio semántico: en un lenguaje sólo pueden ser representados los hechos para los que se definen ciertas combinaciones de signos y no otros. Esto le quitó al concepto de significado de una proposición la rigidez inicial que lo terminó por convertir en una idea inútil. Por eso, un signo puede tener significado en un lenguaje y ser absurdo en otro.

A: ¿Y entonces?

B: Que esto condujo a la contrastación por falsación, que, se afirma, soluciona el criterio de objetividad.

A: Sabemos de la perfección lógica de la propuesta popperiana...

B: ¿Se reduce la objetividad a una cuestión de formalidad, entonces? No lo creo, yo pienso otra cosa.

A: En todo caso, reconozco que el criterio de Popper no es tan resolutivo como él creyó. El debate sobre esta cuestión⁴ se centró no sobre la lógica de la falsación, que es impecable; el problema era de método.

B: El problema es que la falsación resulta sólo para casos tribiales, del tipo: “todo cuervo es negro”, pero no para teorías no-instanciales, que son las que importan⁵.

A: Bueno...sí...

B: Porque, en realidad, la ciencia es algo un poco más complejo que un enunciado universal afirmativo; por ello, un enunciado contrastador “básico”, como lo llama Popper, no logra refutar nunca a una teoría; porque ni las teorías y menos las hipótesis, andan flotando solas por allí, en el espacio teórico. Van siempre conjuntamente asociadas a un sistema de hipótesis, otras teorías más amplias, y condiciones iniciales sin las cuales nada puede derivarse de ellas para fines contrastadores. Luego, en otra idea, ¿a cuál de las proposiciones de la conjunción refuta un enunciado básico? Solís, dice: “Popper deja en manos del instinto científico la decisión acerca de sobre cuál hipótesis hacer recaer la culpa de la falsedad de la conjunción completa”⁶. Si me permites, sabes muy bien que

⁴ Puede confrontarse por ejemplo a Lakatos, o a Quine, *La búsqueda de la verdad*, Crítica, Barcelona, 1992. cap 1.6.

⁵ Cf. P. Feyerabend, *Límites de la ciencia*, Paidós, Barcelona, 1989.

⁶ Cf. Solís, *Razones e intereses*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 24.

podríamos añadir los argumentos postkuhnyanos sobre la objetividad, esto es, que la historia muestra que muy rara vez las teorías han sido abandonadas y enterradas para siempre a causa de encontrar elementos refutadores⁷. He allí el caso del atomismo, de la inercia, ideas que “nacieron refutadas” y que, sin embargo, persistieron y se impusieron. Decía Lakatos que los científicos se resisten al cambio, no están dispuestos a aceptar a la primera un abandono de sus hipótesis. Como lo ejemplifica Woolgar, a veces incluso ignoran resultados adversos con el fin de mantener hipótesis. Y, muchas veces, porque esto tampoco es absoluto, hay que agradecer que hayan actuado así.

A: ¿Y qué pretendes con todo esto?

B: Solamente quiero decirte que el criterio lógico y el criterio metodológico de objetividad resultan problemáticos.

A: Lo acepto, pero es justo afirmar que lo que cuenta del criterio de Popper sobre la objetividad está en su sentido, más que en su lógica.

B: Explicáte.

A: El conocimiento objetivo está finalmente definido por su independencia de nuestra emotividad, de nuestros gustos e intereses; nos remite al mundo externo. Por más que nosotros “queramos” o “simpaticemos” con alguna idea o teoría, lo que cuenta es su control empírico. Por el contrario, el dogmático, el que no es objetivo, es quien defiende sus ideas sin querer ponerlas a prueba fuera de sus simpatías. Introducir hipótesis ad hoc, por ejemplo, es una práctica muy poco objetiva. Esto nos salva del “yo creo”, del “a mí me parece”, expresiones todas de la subjetividad. Además, el contrastar nos pone en contacto con lo que no es el lenguaje, con el mundo que porfía ante las construcciones doradas, con la realidad objetiva, con lo que se nos contraponen. Eso es objetividad: “objectum”, objetar, contraponer.

B: Reconozco ese sentido del falsacionismo para la objetividad. Pero, dime: lo que acabas de decir, ¿es un criterio logicista?

A: No lo creo. Es, más bien, una intuición.

B: ¿La objetividad es una intuición, entonces? ¿Ves lo poco claro que es todo este asunto?

A: Sí, lo reconozco. Pero eres demasiado escéptico. Además, te has dedicado a criticar mis creencias sin decir nada de las tuyas, lo cual me parece mal.

B: Es cierto. Me he dejado llevar por tus afirmaciones. Te decía al principio que en el criterio de objetividad queda algo por develar, más allá de los criterios contrastadores.

⁷ Cf. S. Woolgar, *Ciencia: abriendo la caja negra*, Anthropos, Barcelona, 1991.

- A: Sí, claro, por eso me pareció que más bien te mueve un afán metafísico.
- B: No es así. En todo caso, veo que eres de aquellos que gustan de la especialización extrema. La epistemología es la epistemología, la ética la ética, la metafísica la metafísica.
- A: No veo nada malo en eso...Hay claridad por lo menos.
- B: Y también limitación, colega.
- A: Veo que te pones sensible...
- B: No es eso, pero, en fin, ¿te expongo lo que pienso del asunto?
- A: Si quieres...
- B: Gracias. Trataré de ser muy breve. Antes que nada, no se trata de invalidar el criterio contrastador sino de mostrar que no agota la idea de objetividad de la ciencia.
- A: Me gustaría ver la utilidad teórica de dicho intento.
- B: La idea de espacio parece estar en el fondo y en la base de los criterios lógicos de la objetividad. Eso no significa que los invalide. No debemos pensar en términos de dicotomías: o lógica o espacio, o lo uno o lo otro, como decía Kierkegaard.
- A: De acuerdo.
- B: El fondo del concepto de objetividad es, pues, la idea de espacio. Las dos grandes ideas de objetividad que la filosofía ha creado se basan en otras tantas ideas del espacio.
- A: ¿Te refieres al espacio físico?
- B: Sí. Aquí por lo menos, no me refiero a otras consideraciones, como las de Heidegger, por ejemplo. Pero, sigamos. La relación con el espacio es intuitivamente clara: lo objetivo es lo que está fuera de mí como sujeto y, correlativamente, el conocimiento objetivo será la aprehensión de ese algo allí fuera, sin interferencia de mi "interior", esto es gustos, intereses, arbitrariedades.
- A: ¿Y por qué identificas lo espacial con "allí fuera"?
- B: Ya diré algo sobre eso. Déjame seguir por donde venía para no perderme. El paso de la idea griega del conocimiento a la moderna es posible relacionarla con el paso de un concepto a otro sobre lo que es el espacio. Partamos por el primero. Los griegos pensaron el conocimiento en sentido especular. ¿Estás de acuerdo?
- A: Sí.
- B: Bueno, eso supone una metafísica de las cosas que tienen en sí sus determinaciones, y eso es porque las cosas están allí, fuera de nosotros, bajo el sol, en un espacio independiente de toda subjetividad, listos para ser reflejados por el espejo del entendimiento. El intelecto es el espejo de la armonía del cosmos.
- A: No podría negarlo.
- B: Fijémonos en esto: una cosa que no está localizada no existe para la mente griega. Platón pensaba que el espacio era una realidad negativa; espacio como un receptáculo, sin ninguna cualidad, receptáculo que, por contener a las cosas, él a

su vez no está en ningún lugar. Aristóteles dificulta lo anterior; siempre el espacio está cualificado con las cosas que contiene. No es posible pensar en cosas que no estén en un lugar determinado.

A: Así es.

B: Pero, la cuestión de la exterioridad espacial es mejor contemplarla en otro ámbito de la cultura griega: su arquitectura.

A: Eso si que me parece curioso...

B: Se trata del arte de organizar espacios para ser habitados. En la arquitectura griega, la fuerza expresiva está en el “exterior” del edificio mismo. En un templo, por ejemplo, su significado y su uso útil es muy exterior; la Cella, o recinto interior del dios, es de poca importancia dimensional en relación con la superficie total del edificio. Lo exterior del templo, no es simplemente lo que está de los muros para afuera. Hay un espacio como tal, arquitectónicamente organizado: es el Peristilo, conjunto de columnas que rodea, en algunos casos, completamente al edificio. Estar en el Peristilo es estar en el corredor, fuera de lo más íntimo del templo, pero no ajeno a él. Pero, allí, en el corredor, lo más profundo del templo permanece ajeno. Sólo ingresan a él los sacerdotes. Pongo otro caso; véanse los espacios teatrales de los griegos; al aire libre. ¿Dificultades constructivas para salvar esas luces? Puede ser. Pero el hecho es que no tuvieron cobertura sobre las cabezas de los espectadores. Hay que notar, también, que las acciones se representaban casi siempre “a las puertas del palacio”, al lado exterior, en una referencia inmediata al horizonte por donde habrían de aparecer algunos de los personajes. Ahora bien, lo exterior se correlaciona con la geometría de Euclides, la que describe las cosas en un espacio con alto, ancho y largo. Por otra parte, Aristóteles dio a las cosas en el espacio una importancia tal que su idea de sustancia casi se corresponde con ella; lo que está en un lugar, lo que es uno o múltiple, lo que tiene cualidades, etc. Debo decir, finalmente, que, con Newton, se termina de configurar la idea de objeto exterior; y el objeto corresponde a una realidad que por definición está en el espacio, que tiene masa, lo cual también es un concepto espacial, que se mueve por causa de fuerzas en el espacio, todo lo cual es materia de una ciencia objetiva, en cuanto es posible reflejar y cuantificar esas características. Conocimiento objetivo en cuanto tributario, pues, de la idea clásica de espacio.

A: Ya veo.

B: La importancia del espacio exterior como modelador de la idea de conocimiento queda reflejada en la preeminencia de la visión por sobre los demás sentidos. Hasta hoy llega esa influencia; tener “visión” de las cosas es comprenderlas y conocerlas; y la visión es el instrumento por excelencia de la percepción del espacio físico.

- A: ¿Y acaso eso no es así?
- B: No es tan claro, por lo menos. Eso es lo interesante.
- A: No entiendo.
- B: Me acuerdo de J. Bennett, ahora. Lo que ocurre es que la visión proporciona información que Bennett llama “golpe de vista” y que nos hace concebir que es definitiva para formar la idea de espacio. De allí, entonces, la metáfora de la visión intelectual. Pero, ocurre que eso no es del todo acertado. Las visiones aisladas no servirían de nada en la formación de la idea de espacio si no estuvieran correlacionadas con el tacto y con la capacidad de moverse de un lugar a otro. Hay el llamado sentido “cinestésico”, que justamente es la capacidad para darnos cuenta de que nos estamos moviendo y para dónde⁸. La espacialidad, concebida como una realidad y exterior a nuestra conciencia, que soporta la existencia de las cosas, permite que el intelecto las copie “objetivamente”, esto es, sin “deformaciones”; claro, están allí fuera, ¿para qué agregarle algo ajeno, impuro, “subjetivo”?
- A: Entiendo.
- B: Pues bien, como tú puedes ver, estas consideraciones no guardan relación directa con los criterios de contrastación, ¿verdad?
- A: Así veo.
- B: Claro, se trata de ideas que están antes de la fijación de tales criterios. En tal sentido, aceptaría que se lo llamase algo así como una metafísica de la objetividad. Pero vamos a lo que nos queda. A partir de Kant, y no quiero aburrirte con lo que todos sabemos, la idea de espacio sufre una revolución de gran envergadura.
- A: Por supuesto.
- B: Lo interesante aquí es que dicho cambio ha significado también una transformación en la idea de objetividad. El espacio no es más una realidad que tenga en sí sus determinaciones; es la “forma” en que se da a un sujeto trascendental algo como siendo objeto de la percepción. Esta idea, de que el espacio no sea sino una suerte de construcción mental o propiedad mental de relación con el mundo, ha tenido repercusiones varias. Sólo como ejemplo aludo al físico francés actual Berdard D’espagnat, quien, a raíz de la propiedad cuántica de “no separabilidad”, se interroga si acaso realmente el espacio no sea más que una intuición, como lo vislumbró Kant⁹. Pues bien, esta idea trastrocada sobre el espacio en relación con los clásicos produjo otra idea de objetividad. A la objetividad como copia de algo

⁸ Cf. J. Bennett, *La Crítica de la razón pura de Kant*, 1. “La Analítica”, Alianza, Madrid, 1990, caps. 2 y 3.

⁹ Cf. B. D’espagnat, *En busca de lo real*, Alianza, Madrid.

afuera, se contraponen la objetividad como construcción de una malla conceptual para que algo sea pensado como objeto. He aquí que conocer no es reflejar en un espejo; conocer es construir modelos mentales, redes de conceptos para ver qué pescamos con ellos. Así, lo que quede atrapado en la red, estará determinado por el tamiz de la red; si lanzamos una red gruesa, los elementos finos no quedarán atrapados: no serán “objetos”. Bennett dice que no podemos tener una experiencia sin que quede determinada por conceptos. Tal es la “deducción trascendental” de las categorías, según Kant. Ser objetivo será, pues, ser conforme a la razón¹⁰. Eso es lo que está detrás de la idea de que la ciencia es hipotético-deductiva.

A: Sí, en realidad, todo eso es cierto...

B: Pero hay una conclusión que obtener de esto.

A: Espera un poco... mi criterio de contrastación no ha sido tocado...

B: No tanto como crees.

A: ¿Cómo?

B: Mi conclusión es ésta: que los criterios contrastadores de objetividad, esto es, afirmar que conocimiento objetivo es aquel que se ciñe a un determinado mecanismo de comprobación y de lógica es, en gran medida, tributario de la idea “interna” de espacio, que acabamos de comentar. Pues, no se trata de que conocer (objetividad) sea copiar; contrastar una hipótesis o una teoría implica una construcción conceptual para ponerla a prueba.

A: Pero al final se la contrasta contra algo real...

B: Sí, pero creo que hoy el acento no está puesto en que a la proposición le corresponda una cosa, como al concepto “casa verde” le corresponde en la realidad una casa verde.

A: ¿No?

B: Pues no. Al menos no en todos los casos; y al no ser en todos los casos, el asunto cambia de *status*. La física actual es el mejor ejemplo de esto: contrastar una proposición sobre un elemento cuántico puede ser simplemente hacer coincidir tal proposición y una marca instrumental, marca que, por lo demás, es siempre construcción conceptual; la “cosa” que se le corresponda bien puede no ser ni siquiera concebible de percibir. Por tanto, lo decisivo es la conceptualización.

A: Bueno, sí; la verdad es que hay que reconocer que las cosas no son tan fáciles. A veces eso ya es algo... ¿No crees que la ciencia, al menos la física, ha perdido su capacidad de hacernos intuir el mundo?

B: Es verdad. Pero, a lo mejor, que los objetos de la ciencia tengan que ser intuibiles sea algo tributario también de la idea de espacio exterior. Solamente he preten-

¹⁰ Cf. Kant, “La contienda entre las facultades de Filosofía y Teología”, CSIC, Madrid, 1992, p. 5.

dido mostrarte que bajo los criterios contrastadores de la objetividad científica, hay un nivel adicional de comprensión de este problema. Pero, creo que debemos dejar esto hasta aquí, ¿te parece?

- A: ¿Te vas ahora que esto se pone interesante? Dices que lo intuible es tributario del espacio exterior; luego dices que Kant trastrocó eso, pero te olvidas que Kant introdujo la idea de intuición como lo dado para ser categorizado...
- B: Sí, es un embrollo eso. Pero la cuestión de la intuición no es el punto determinante aquí...
- A: Quizás. En fin, ¿seguimos otro día?
- B: Hasta otro día.